

La paradoja del voto de los más pobres.

Por qué quienes menos tienen eligen a quienes menos les dan.

1. La paradoja que no debería ser.

Cada cuatro años, en las democracias occidentales, se repite un espectáculo que a los observadores atentos les resulta a la vez fascinante y desolador: millones de personas que viven al límite de sus posibilidades, que sobreviven con trabajos precarios, que dependen de los servicios públicos para sanar o para educar a sus hijos, que ven cómo cada vez les cuesta más llegar a fin de mes, depositan su voto en partidos que prometen recortar esos servicios, reducir impuestos a los ricos, endurecer las condiciones laborales y, en definitiva, hacer aún más dura su vida.

La paradoja es tan evidente que resulta insultante. Y, sin embargo, se repite una y otra vez en España, Estados Unidos, Francia, Italia o Reino Unido. ¿Cómo es posible que quienes más tienen que perder voten a quienes más les van a quitar? ¿Qué mecanismos, qué engranajes invisibles, operan en la mente y en el corazón de quienes, contra toda lógica económica, eligen a quienes les van a hacer más daño?

Este ensayo no pretende ofrecer una respuesta única ni simplista, sino explorar las múltiples capas de un fenómeno que tiene raíces biológicas, culturales, educativas y, sobre todo, políticas. Porque la paradoja del voto pobre no es un error, ni una anomalía, ni un accidente; es el resultado previsible de un sistema que ha diseñado cuidadosamente las condiciones para que así sea.

2. Cuando la izquierda y la derecha se parecen.

Para empezar a entender la paradoja, hay que partir de una constatación incómoda: la distinción clásica entre izquierda y derecha, en su sentido económico, ha dejado de tener la vigencia que tuvo en el siglo

XX. Los partidos que se autodenominan de izquierda han asumido, en gran medida, los postulados neoliberales de sus adversarios. La defensa del estado del bienestar, la redistribución de la riqueza, la intervención del Estado en la economía para corregir desigualdades, todo eso se ha ido diluyendo en la práctica, aunque se mantenga en los discursos.

Lo que ocurre es que los partidos de izquierda han acabado convirtiéndose en gestores de la austeridad en lugar de en alternativas al sistema. Gobiernan, sí, pero lo hacen aplicando recetas que no se diferencian sustancialmente de las que aplicarían sus rivales conservadores. Recortan el gasto social, flexibilizan el mercado laboral, facilitan la deslocalización de empresas y firman tratados comerciales que benefician a las grandes corporaciones.

La consecuencia de esta deriva es doble. Por un lado, la izquierda pierde su razón de ser y su capacidad de movilización. ¿Para qué votar a un partido que, una vez en el gobierno, hará lo mismo que el otro? Por otro lado, la derecha y la ultraderecha pueden presentarse como la única alternativa auténtica al statu quo, aunque sus políticas sean aún más regresivas. Se convierten, paradójicamente, en el voto de la rebeldía, del cambio, de la ruptura con el sistema establecido. Y esa rebeldía, vacía de contenido económico, se llena de contenidos identitarios, culturales o nacionalistas.

Así, el votante humilde no elige entre un partido que defiende sus intereses y otro que los ataca; elige entre dos partidos que, en el fondo, van a perpetuar su situación, pero uno de ellos le ofrece además una narrativa de dignidad, de orgullo, de pertenencia a un "nosotros" frente a un "ellos". Y esa narrativa, en muchas ocasiones, resulta más atractiva que la promesa abstracta de una justicia social que nunca llega.

3. Primer factor: la ignorancia como herencia.

Cuando se habla de ignorancia en este contexto, no se hace en un sentido peyorativo o de superioridad moral. No se trata de decir que los pobres son tontos. Se trata de reconocer que la pobreza es un obstáculo estructural para el acceso al conocimiento y al criterio.

Quien nace en un entorno humilde tiene, estadísticamente, menos posibilidades de acceder a una educación de calidad, menos tiempo para leer, menos estímulos intelectuales y menos referentes culturales. La vida se convierte en una lucha cotidiana por la supervivencia y en esa lucha no sobra tiempo ni energía para analizar programas electorales, comprender la complejidad de las políticas económicas o discernir entre la demagogia y la propuesta razonable.

No es casualidad que los estudios muestren una correlación clara entre nivel de ingresos y nivel de formación, y entre nivel de formación y opción de voto. Las clases populares tienen, en general, menos información contrastada, menos capacidad para filtrar la desinformación y menos herramientas para identificar sus propios intereses a largo plazo. Y esto no es un defecto individual, sino el resultado de un sistema que perpetúa las desigualdades educativas y que, además, se beneficia de ellas.

La ignorancia, en este sentido, no es un accidente, sino una condición necesaria para la reproducción del sistema. Un votante informado, crítico y consciente de sus intereses de clase sería un votante peligroso para las élites. Por eso la educación pública, gratuita y de calidad es una de las principales amenazas para el statu quo, y por eso se la ataca y se la precariza sistemáticamente. Cuanto menos sepa la gente, más fácil será manipularla.

4. Segundo factor: la cultura de la insatisfacción.

Pero la ignorancia no lo explica todo. Hay otro factor, quizás más profundo, que tiene que ver con las aspiraciones culturales. Nuestra sociedad, especialmente a través de los medios de comunicación y las redes sociales, establece unos modelos de éxito, felicidad y realización personal que para la mayoría son inalcanzables.

Se nos dice que el éxito es tener una casa grande, un coche último modelo, unas vacaciones en el Caribe, unos hijos estudiando en universidades de prestigio, un cuerpo escultural o una vida social brillante. Se nos dice que la felicidad es el consumo, que la realización personal es la riqueza y que la dignidad es el estatus. Y este ideal, perpetuamente

repetido, se instala en la mente de quienes lo escuchan y genera una insatisfacción crónica.

Quien es pobre no solo sufre las carencias materiales, sino que además se siente fracasado por no alcanzar esos estándares de éxito que la cultura dominante le ha marcado. Y ese malestar, rabia y frustración necesitan encontrar un chivo expiatorio. La izquierda tradicional no ofrece un chivo expiatorio, sino un análisis estructural: la culpa no es de nadie en particular, sino del sistema. La derecha y la ultraderecha, en cambio, ofrecen culpables concretos: los inmigrantes, los extranjeros, las élites culturales, los "progres", los que viven de las ayudas sociales.

Este mecanismo de proyección es uno de los más eficaces de la historia política. Cuando se está insatisfecho con la vida porque no se alcanza los ideales que nos han vendido, se necesita odiar a alguien. Y la ultraderecha ofrece a quién odiar. No una solución a los problemas materiales, pero sí al malestar emocional: la posibilidad de sentirse superior a alguien, aunque ese alguien esté en peor situación. Es la trampa del orgullo herido. Cuando no se puede mirar hacia arriba sin sentirse fracasado, se mira hacia abajo para sentirse triunfador.

5. Tercer factor: la manipulación como estrategia.

Llegados a este punto, hay que formular una pregunta incómoda: toda esta maquinaria de ignorancia, insatisfacción y odio, ¿funciona por inercia o es el resultado de una estrategia deliberada? La respuesta, probablemente, es ambas cosas. Pero el componente estratégico es innegable.

Las élites económicas y políticas tienen un conocimiento profundo de los mecanismos sociales y psicológicos que mueven a las personas. Saben que una población dividida es más fácil de gobernar. Saben que un debate centrado en la identidad, la religión, la raza o la nación es un debate que no cuestiona la propiedad, la distribución de la riqueza o el poder de las corporaciones. Saben que, mientras la gente se pelee por si el velo musulmán es aceptable o por si los inmigrantes roban puestos de trabajo, nadie va a preguntar por qué los salarios no suben o por qué los servicios públicos se deterioran.

Por eso invierten en "think tanks", en medios de comunicación, en campañas de desinformación y en redes de influencia que promueven la división. Por eso financian partidos políticos que se presentan como "anti-sistema" pero que, en realidad, son los mejores defensores del sistema. Por eso promueven el enfrentamiento entre generaciones, entre nativos y extranjeros, entre urbanitas y rurales, entre hombres y mujeres.

El objetivo es claro: evitar que las clases populares se reconozcan como una clase, como un grupo con intereses comunes que trascienden las diferencias culturales o identitarias. Si el trabajador español odia al inmigrante, no se va a aliar con él para reivindicar mejores salarios, va a competir con él por un puesto de trabajo peor pagado. Si el joven cree que el pensionista vive demasiado bien a costa de su esfuerzo, no va a luchar por unas pensiones dignas, va a exigir que se recorten. Si el habitante del mundo rural cree que el urbanita le desprecia, no va a buscar políticas que beneficien a ambos, va a votar a quien prometa dar la espalda a la ciudad.

6. Cuarto factor: la distracción como cortina de humo.

Este último factor está íntimamente relacionado con el anterior. Si el objetivo es dividir, el método es distraer. La distracción, en el contexto político, consiste en desviar la atención de los problemas estructurales hacia problemas secundarios o artificiales.

El problema esencial, el que nunca se nombra en los grandes debates electorales, es la desigualdad extrema. El 1 % más rico posee más que el 50 % más pobre. La brecha entre quienes tienen y quienes no tienen no ha dejado de crecer en las últimas décadas. Los salarios reales se han estancado mientras la productividad aumentaba. La vivienda se ha convertido en un bien de lujo al que cada vez menos personas pueden acceder. La sanidad y la educación públicas se precarizan mientras las privadas prosperan.

Ese es el problema, aunque no sea objeto de los debates. En su lugar, se habla de inmigración, de soberanía nacional, de identidad de género, de la ley trans, de la memoria histórica, de si el Rey debe abdicar o de si

el Gobierno es legítimo. Todos son temas importantes, sin duda, pero su papel en el debate público no es el de ser resueltos, sino el de ocupar el espacio que debería dársele al debate sobre la desigualdad.

La estrategia es tan antigua como el poder mismo. Los romanos lo llamaban "*panem et circenses*": pan y circo. Mantén a la población alimentada (apenas) y entretenida, y no se preguntará por qué el Senado decide la guerra o la paz. Hoy el pan es precario y el circo es el telediario, los debates en X, las broncas en el Congreso y la indignación permanente por temas que, a la hora de la verdad, no cambian la vida de nadie.

El votante humilde que elige a la ultraderecha no está votando contra sus intereses económicos, o no solo. Está votando contra su propia desesperanza. Está votando a quien le promete que el problema no es el sistema, sino los otros. Está votando a quien le devuelve un mínimo de orgullo, aunque sea un orgullo prestado y falso.

7. La trampa de la identidad y el abandono de la clase.

Una de las transformaciones más profundas del paisaje político de los últimos decenios ha sido el desplazamiento de la lucha de clases hacia la lucha identitaria. La izquierda tradicional, en su afán por incorporar las demandas de los nuevos movimientos sociales (feminismo, ecologismo, diversidad sexual o antirracismo), ha ido abandonando progresivamente su discurso de clase.

Esta deriva ha tenido dos consecuencias. Por un lado, ha hecho que la izquierda sea más atractiva para los sectores urbanos, educados y de clase media, que se sienten identificados con esas causas. Por otro, ha favorecido que la izquierda sea percibida por las clases populares como un club de élite intelectual que habla un idioma que no entienden, que les dice cómo deben comportarse, pensar y sentir.

El obrero o el empleado de baja cualificación, que no tiene estudios superiores y que vive en un entorno cultural homogéneo, no se siente representado por un discurso que habla de "privilegios", "micromachismos" o "violencia epistémica". Y esta sensación de desprecio cultural es

incluso más dolorosa que la sensación de pobreza. Porque la pobreza se puede soportar si se siente parte de algo, si se siente respetado. Pero el desprecio, real o percibido, es una herida que sangra y que empuja a buscar refugio en quien le trate como igual.

La ultraderecha, en cambio, habla a los sentimientos, no a la razón. Utiliza un lenguaje sencillo, directo y sin ambages. No pide comprensión, sino identificación. No dice "tienes que entender", dice "tienes razón". Y eso, para alguien que se siente ignorado y despreciado, es una caricia en el alma.

8. El papel de los medios y las redes sociales como multiplicadores.

Ninguno de estos mecanismos operaría con tanta eficacia sin el concurso de los medios de comunicación y, sobre todo, de las redes sociales. Ambos han transformado el paisaje mediático y han creado un ecosistema en el que la desinformación, la polarización y el odio encuentran un terreno especialmente fértil.

Los algoritmos de las plataformas digitales están diseñados para maximizar el "engagement", que depende a su vez del contenido emocional o visceral, del que genera indignación y enfado. Una noticia sobre un inmigrante que comete un delito, por infrecuente que sea, se viraliza porque activa las fibras más profundas del miedo y el resentimiento. Un análisis sobre la evolución de los salarios reales, por necesario que sea, apenas genera interacción.

Además, los medios tradicionales, muchos de ellos en manos de grandes grupos económicos, han adoptado una estrategia de falsa equidistancia que equipara verdades y mentiras, que da la misma credibilidad a los científicos que a los negacionistas, que convierte el consenso en controversia y la evidencia en opinión. En ese caldo de cultivo, cualquier relato puede prosperar y los relatos más simples, los que ofrecen chivos expiatorios y soluciones mágicas, son siempre los que triunfan.

El votante humilde no solo es pobre en recursos económicos, es también pobre en recursos cognitivos para navegar por este océano de desinformación. Y esa pobreza cognitiva, a diferencia de la económica, no se percibe a simple vista, aunque sea igualmente efectiva para mantenerlo atado al sistema.

9. La paradoja como resultado de la inacción de la izquierda.

Si el votante humilde se ha desplazado hacia la derecha y la ultraderecha, no es solo por la acción de estas, sino también por la inacción de la izquierda. Durante décadas, los partidos progresistas han abandonado los territorios populares, han descuidado la educación pública, han firmado recortes sociales y han pactado con las élites económicas.

La izquierda ha dejado de ser la voz de los sin voz y se ha convertido en la voz de la corrección política, de la tecnocracia y del buenismo. Ha preferido ser "responsable" antes que "revolucionaria", ha preferido gestionar el sistema antes que cambiarlo, ha preferido la estabilidad antes que la justicia.

Y este abandono ha creado un vacío que la derecha y la ultraderecha han ocupado con rapidez y eficacia. El votante humilde no ha traicionado a la izquierda. Ha sido la izquierda la que lo ha traicionado a él. Y cuando alguien se siente traicionado, busca consuelo en quien, al menos, le promete devolverle la dignidad.

10. La conciencia de clase como camino de vuelta.

La paradoja del voto pobre no es un misterio, sino un mecanismo bien engrasado que opera en múltiples niveles: la ignorancia estructural, la cultura de la insatisfacción, la manipulación deliberada de las élites, la distracción como cortina de humo, el desplazamiento de la lucha de clases por la lucha identitaria, la colonización del espacio mediático por la desinformación y, finalmente, la inacción de una izquierda que ha renunciado a su misión histórica.

Romper ese mecanismo es la tarea más urgente de nuestro tiempo. Y pasa, necesariamente, por recuperar la conciencia de clase, por devolver a las clases populares un relato en el que se reconozcan, por hablarles con honestidad, por no tratarles como ignorantes o reaccionarios, sino como personas que han sido sistemáticamente abandonadas y manipuladas.

Pero también pasa por políticas concretas: educación pública de calidad, acceso a la cultura, fortalecimiento de los servicios sociales, redistribución de la riqueza, regulación de los medios de comunicación, control de los algoritmos y límites al poder de las grandes corporaciones. No es una tarea fácil, ni rápida, ni exenta de riesgos. Pero es la única que puede desactivar la bomba de la paradoja.

Porque, al final, el votante humilde no es un enemigo, ni un aliado del sistema, ni un ignorante irredimible. Es, sobre todo, una persona que, como todas, busca un lugar en el mundo, un sentido a su vida y una razón para no desesperar. El problema no es que vote mal, sino que nadie le ha enseñado a votar bien. Y esa enseñanza es la única revolución posible.